

La importancia del velo en la vida terrenal

por Bruce C. Hafen

Bruce C. Hafen tiene un alto puesto ejecutivo en la administración de la Universidad Brigham Young

(Liahona diciembre de 1991, págs. 27-33)

¿Por qué habrá decidido Dios colocar un velo entre nuestro mundo terrenal y Su mundo eterno? Quizás esto resulte confuso para muchas personas. Ese velo no sólo nos impide recordar nuestro pasado premortal, sino que también mantiene ocultos de nuestra vista a Dios, a Sus ángeles y todas las actividades celestiales.

Después de la Resurrección, al Salvador se encontró con dos de Sus discípulos en el camino de Emaús y ellos no lo reconocieron mientras El les hablaba. Cuando le hablaron de Jesús de Nazaret, diciéndole que habían esperado que redimiera a Israel (y hablaron empleando el verbo en pasado), fue obvio para El que no habían captado completamente el mensaje de su ministerio terrenal. Entonces les dijo: “Oh insensatos, y tardos de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho!”

“Y comenzando desde Moisés... les declaraba en todas las Escrituras lo que de él decían” (véase Lucas 24:13-31).

No les hizo saber quién era, sino que les enseñó empleando los mismos pasajes de las Escrituras que les enseñaba cuando estaba con ellos como ser mortal. No fue Sino hasta más tarde que lo reconocieron.

¿Por qué no les aclaró en seguida quién era? Podría haberles revelado la Resurrección mucho antes y con mayor claridad.

En otro pasaje de Lucas leemos la parábola sobre el mendigo Lázaro y el hombre rico, los cuales habían muerto aproximadamente al mismo tiempo. Al encontrarse del otro lado del velo, el hombre rico comprendió ciertas cosas que lo hicieron suplicar a Abraham que enviara a Lázaro a predicar el arrepentimiento a sus familiares que habían quedado en la tierra (véase Lucas 16:19-28). Pero Abraham le respondió:

“...A Moisés y a los profetas tienen; óiganlos.

“El entonces dijo: No, padre Abraham; pero si alguno fuere a ellos de entre los muertos, se arrepentirán.

“Mas Abraham le dijo: Si no oyen a Moisés y a los profetas, tampoco se persuadirán aunque alguno se levante de los muertos” (Lucas 16:29-31).

¿Y por qué es así?

En el primer capítulo del Evangelio de Juan leemos sobre el Verbo, que era la vida y “la luz de los hombres”, una luz que “en las tinieblas resplandece; y las tinieblas no prevalecieron contra ella” (véase Juan 1:1-5). Cristo vino al mundo, pero el mundo no lo reconoció, y Su propio pueblo no lo recibió. ¿Por qué no se reveló el Señor al pueblo en una forma más espectacular en lugar de venir como vino, sin pompa alguna?

Puesto que es tan importante para nosotros conocerlo, ¿por qué no manda el Señor una gran carroza que atravesase los cielos todos los mediodías, tirada por blancos caballos alados? El vehículo podría detenerse suspendido sobre la tierra, y podría dejarse oír una voz del más allá que dijera: “¡Escuchen la palabra de nuestro Creador!” ¿Por qué tiene el Señor la determinación de no hacer cosas así?

Consideremos también la parábola del hijo pródigo en la que un joven fue a hablar con su padre y le pidió que le diera su herencia. Después de recibirla, se alejó de su hogar y, por medio de tristes experiencias, aprendió algunas lecciones importantes (véase Lucas 15:11-32). Con seguridad, el padre debía de haber sabido el tipo de problemas que el joven tendría que enfrentar. ¿No había alguna manera de haberle advertido al hijo lo que le iba a pasar sin haber corrido el riesgo de perderlo?

Indudablemente, lo mismo le debe de haber ocurrido a nuestro Padre durante nuestra existencia premortal al considerar el plan de la libertad de experiencia en la vida terrenal. Amando a Sus hijos como nos ama, ¿por qué estuvo dispuesto a correr el riesgo de que muchos no regresaran a Su lado? ¿No tenía el poder de tocarnos de alguna manera milagrosa que eliminara ese peligro y nos invistiera a todos con la capacidad de vivir con El en el Reino Celestial?

Un versículo de la Epístola a los Hebreos aclara que el Salvador mismo tuvo que aprender muchas de las lecciones de la vida de la manera más difícil, o sea, por experiencia propia. El ofreció “ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas al que le podía librar de la muerte...

“Y aunque era Hijo, por lo que padeció aprendió la obediencia;

“y habiendo sido perfeccionado, vino a ser autor de eterna salvación para todos los que le obedecen” (Hebreos 5:7-9).

A continuación, encontramos las importantes líneas en las que Pablo nos habla de la importancia de que solamente recibamos el conocimiento que seamos capaces de asimilar:

“Porque... habéis llegado a ser tales que tenéis necesidad de leche, y no de alimento sólido.

“Y todo aquel que participa de la leche es inexperto en la palabra de justicia, porque es niño;

“pero el alimento sólido es para los que han alcanzado madurez, para los que *por el uso* tienen los sentidos *ejercitados* en el discernimiento del bien y del mal” (Hebreos 5:12-14; cursiva agregada).

¿Por qué no forzar a las personas a que sean justas? ¿Por qué es la experiencia tan esencial que hasta vale la pena correr el riesgo de no poder regresar al Padre? ¿Por qué los que estamos acostumbrados a “la leche” debemos, “por el uso”, ejercitar nuestros sentidos a fin de prepararnos para recibir “el alimento sólido”?

La salvación es un proceso al mismo tiempo que una meta. Este proceso comprende desarrollo, progreso y cambio de nuestra parte, además de la gracia salvadora del Señor Jesucristo. Por eso, en la vida terrenal debemos adquirir capacidades y habilidades en lugar de limitarnos a reunir información. En el acto de forzar a las

personas a ser justas, hay algo que interfiere y hasta impide el proceso que la rectitud tiene por objeto lograr en un ambiente de libertad. El vivir rectamente hace que se efectúe un cambio en las personas.

LA ADQUISICIÓN DE APTITUDES DIVINAS

Existen dos tipos de conocimiento; uno comprende procesos racionales como el de reunir información y almacenarla en la memoria; al otro lo llamaré “desarrollo de aptitudes” y se refiere a la adquisición de ciertas habilidades como tocar el piano, nadar, desarmar un motor, cantar, bailar y pensar. El proceso de desarrollar una personalidad como la de Cristo es más una cuestión de adquirir habilidades y atributos divinos que de aprender hechos y cifras; y no es posible que los adquiramos sin tomar parte en el proceso. No debemos pretender que sea de otra manera. ¿Qué profesor de piano podría enseñar a un alumno a tocar si éste no estuviera dispuesto a practicar? ¿Qué entrenador podría mejorar las habilidades de un atleta sin supervisar los intentos y los errores de éste durante sus innumerables prácticas?

Imaginemos una academia de música con un método innovador de enseñanza con el cual los alumnos no tuvieran que practicar. Se enseñarían en ella todos los principios básicos en pura teoría; se describiría detalladamente la forma de mover los dedos sobre el teclado; se profundizaría en conocimientos de teoría musical e historia de la música; se enseñaría a leer partituras musicales y los alumnos memorizarían todos los mejores libros que se hubieran escrito sobre el arte de tocar el piano. El curso de estudios duraría cuatro años. Para finalizar el curso, todo alumno tendría que aprender de memoria la partitura de un concierto difícil; tendrían que poder cerrar los ojos y visualizar la música, tanto para el piano como para la orquesta; tendrían que saberlo todo acerca de esa partitura.

Entonces, cuando llegara el momento en que el primer estudiante graduado del “Curso de piano sin práctica” entrara en el escenario del teatro (le conciertos para debutar con la orquesta, ¿qué pasaría?

Al menos, sabemos que no habría un gran concierto. ¿Y por qué? Porque aun cuando el proceso de “pensar” es un elemento esencial en cualquier turno de aprendizaje, hay algunas cosas que sólo pueden aprenderse por la práctica.

LA SUMISIÓN AL MAESTRO

En un libro que escribí sobre la filosofía del conocimiento, el autor Michael Polanyi se refiere a la adquisición de habilidades como un tipo particular de conocimiento, afirmando que podemos adquirir una habilidad sólo si imitamos la diestra ejecución de alguien que la haya perfeccionado y aun cuando el maestro a quien imitemos no sea capaz de especificar cada uno de los detalles de su arte. Hay gran similitud entre esta idea y el concepto central del evangelio de que el conocer al Salvador personalmente y el imitar Su ejemplo es la forma más elevada de vivir el evangelio, una forma que trasciende el mero hecho de obedecer mandamientos específicos y principios de la doctrina.

Aunque Polanyi no escribe sobre religión, el concepto que expone se aplica al conocimiento religioso:

“Aprender por el ejemplo es someterse a la autoridad, Se sigue al maestro porque se confía en su manera de actuar, aunque ésta no se pueda analizar ni sea posible dar cuenta de los detalles de su eficacia. Observando al maestro e imitando los esfuerzos que se manifiestan en su ejemplo, el aprendiz adquiere subconscientemente las reglas que gobiernan su arte, incluso las que pasan inadvertidas al maestro mismo. Sólo una persona que se someta hasta ese punto de imitar a otro sin reservas puede asimilar estas reglas ocultas. Una sociedad que desee preservar un fondo de conocimientos personales debe someterse a la tradición” (*Personal Knowledge*, Nueva York: Harper y Row, 1964, pág. 53).

LA FALACIA DEL ESCÉPTICO

Casi todos conocemos a alguien que no quiere poner a prueba la veracidad del evangelio porque no está dispuesto a someterse a los mandamientos que éste le impondría. Muchas veces le rogamos al escéptico que ponga a prueba el evangelio y vea lo que pasa. Pero lo que quiere es que le demos la comprobación primero, antes de someterse a algo que a él le parece una pérdida de su libertad. Sin embargo, sus propias dudas hacen que sea imposible que el evangelio le dé sus frutos, porque a menos que viva de acuerdo con sus principios, perdiéndose a sí mismo por ellos (compárese con Mateo 10:39), nunca encontrará la prueba que exige.

La persona que está tratando de adquirir una habilidad se encontrará con que hay muchas cosas que no puede aprender, a menos que esté dispuesta a dedicarse al aprendizaje total y definitivamente. Polanyi habla del ciego y de la forma en que éste se acostumbra a “ver” con su bastón blanco; al ciego le es imposible explicar completamente a otra persona lo que su bastón le hace saber. Los que no han perdido la vista —pero a veces cierran los ojos con el objeto de saber “cómo es ser ciego”— no tienen una motivación bastante seria para aprender lo que el bastón les puede hacer saber con respecto al mundo que los rodea. ¿Y por qué no? Porque no tienen una razón para saberlo; a menos que se sea ciego, no hay necesidad.

Para continuar Con la comparación, digamos que el ciego quizás afirme que no quiere correr el riesgo de que lo atropelle un auto y prefiere quedarse en casa. Todo lo que el maestro le podrá decir es: “Si usted desea obtener la libertad que el bastón le puede brindar, tiene que correr ese riesgo; no puedo enseñarle a utilizar el bastón a menos que usted salga a la calle y practique con él. Yo estaré a su lado y le diré todo; estoy dispuesto a enseñarle todo lo que sé, pero si no dedica sus¹ esfuerzos a aprender, no puedo hacer nada por usted”.

Sería preciso persuadir al ciego de que el pasar por las dificultades de practicar con el bastón, paso a paso, y con todos los errores que inevitablemente acompañan la práctica, vale la pena el esfuerzo y los riesgos que lleva aparejados. La práctica no es simplemente una repetición de acciones; es más bien un proceso de cambio y de progreso que se logra con repetidos esfuerzos mentales que tienen por objeto adquirir una habilidad determinada con un propósito particular.

¿Cómo se puede convencer a otras personas de esto? Nuestros amigos escépticos quizás digan: “¿Y qué hay de maravilloso en el Reino Celestial? Explícamelo para que lo entienda, y entonces quizás pueda tolerar todos los mandamientos, enfrentar los riesgos, someterme al Maestro y pasar por toda la práctica. Pero primero tendrás que probarme que el resultado de todo ese esfuerzo vale la pena”.

¿Qué podemos contestar? No sabemos por qué, pero no hay manera alguna de que la mente humana, resucitada o no, pueda comunicar a otra mente humana cómo es el Reino celestial. El no poder explicarlo es parte intrínseca de la naturaleza de la realidad y de la naturaleza del universo. Todo lo que podemos hacer es confiar y esforzarnos; algo les sucederá a los que se esfuercen, y entonces sabrán. Pero sí tratan de explicarlo a otra persona, ésta probablemente no entienda de qué le hablan.

Nuestra existencia terrenal nos da la oportunidad de desarrollar las habilidades, la capacidad y los atributos divinos que necesitaremos para vivir en el Reino Celestial. Cuando mi hijo de nueve años me dice que quiere manejar el auto, tengo que explicarle que si él saliera a la calle manejando, sería un conductor muy peligroso; quizás se matara y matara a otras personas, puesto que todavía no tiene la capacidad de emplear la libertad que la calle ofrece a la persona que maneja. Y hasta que adquiriera esa capacidad la habilidad, el juicio y la madurez—, manejar el auto le costaría la vida. Lo mismo se puede aplicar al hecho de tener una introducción prematura a la libertad y la responsabilidad de vivir en un Reino Celestial gobernado por leyes celestiales.

La responsabilidad puede liberarnos o aplastarnos, según el grado de preparación que tengamos para recibirla. Doctrina y Convenios enseña que “cualquier principio de inteligencia que logremos en esta vida se levantará con nosotros en la resurrección” (D. y C. 130:18). Las palabras “principio de inteligencia” pueden referirse a hechos, información y conocimiento de los mandamientos y la doctrina; pero también podrían referirse al autocontrol, la obediencia, la compasión, la paciencia, la generosidad y otras virtudes.

¿Por qué nos perjudicaría el hecho de que el velo se levantara prematuramente? Porque detendría nuestro progreso en el desarrollo de esas cualidades celestiales. Aun cuando una carroza atravesara los cielos día tras día, no nos ayudaría mucho a conocer a Dios y a Jesucristo, a quien El envió (véase Juan 17:3). “La vida eterna” no se refiere a la duración de la existencia sino a su calidad, e implica el desarrollo lento, difícil y gradual de la capacidad de vivir como Cristo vive; cuando empezamos a llevar la vida que El lleva, entonces comenzaremos a conocerlo.

Recordemos que en la presentación de su plan en la existencia premortal, Satanás dijo: “...Heme aquí, envíame a mí... rescataré a todo el género humano, de modo que no se perderá una sola alma, y de seguro lo haré; dame, pues, tu honra” (Moisés 4:1). La explicación del problema que tenía su plan era que él “pretendió destruir el albedrío del hombre que yo, Dios el Señor, le había dado” (Moisés 4:3).

LA NECESIDAD DEL ALBEDRÍO

¿Por qué es tan importante el albedrío? Es que sin él no podemos desarrollar las habilidades y los atributos esenciales para el progreso que debemos lograr a fin de

regresar a la presencia de Dios; es imposible adquirirlos sin gozar del libre albedrío. Se puede llevar un caballo hasta donde esté el agua, pero no se le puede obligar a beber. Se puede dar un libro a un niño, pero éste no aprenderá jamás a leer sin hacer voluntariamente el esfuerzo que se requiere para aprender. El plan de Satanás no habría tenido buenos resultados; su afirmación de que garantizaba que ningún alma se perdería, fueran cuales fueran nuestras obras, era, como la mayoría de las otras cosas que afirma, una mentira.

Estas ideas nos indican algunas de las razones por las cuales la libertad en la búsqueda y en las acciones es indispensable para la formación de un carácter religioso, así como lo es para el desarrollo intelectual.

El concepto de que la salvación implica un proceso de perfeccionamiento de ciertas habilidades también nos puede ayudar a comprender por qué es necesario el velo. No debemos impacientarnos por las condiciones, sino más bien estar agradecidos, puesto que esas circunstancias nos demuestran que la fe, el arrepentimiento y el llegar a conocer a Dios son procesos y principios de acción; para entenderlos, no basta definirlos sino que también hay que experimentarlos. Dios es un gran Maestro y Él sabe cuáles son los modelos y los principios que debemos seguir para desarrollar aptitudes divinas. Él está dispuesto y tiene el poder para enseñarnos, pero sólo si nosotros nos consagramos enteramente al proceso.

Si insistimos en aspirar a una medalla u otro premio como prueba de que lo que aprendemos es lo correcto, o si porfiamos en tratar de explicar a los demás de qué manera y por qué da resultados el evangelio —aun cuando Dios mismo no lo puede hacer entender a nuestra mente limitada hasta que hayamos desarrollado la capacidad de comprenderlo— se puede decir que no hemos aprendido para qué es el Evangelio de Jesucristo y que todavía estamos tambaleándonos como adolescentes espirituales, tratando de dominar los detalles de una ley menor.

La esencia de nuestra religión no puede medirse totalmente; no puede entenderse completamente, a menos que sea por experiencia propia. Por supuesto, esto no es razón para darle menos valor. Las cosas más importantes que tenemos no se pueden medir ni especificar por completo: el amor que sentimos por nuestra familia, el testimonio, los sentimientos de gratitud y amor hacia Dios. Hasta cierto punto, el reducirlas a dimensiones que pudiéramos comunicar a otras personas las degradaría y disminuiría su carácter sagrado. A semejanza de la belleza y el gozo, son demasiado grandiosas para someterlas a especificaciones.

Naturalmente, el hecho de que tenga valor aprender por medio de la experiencia no quiere decir que debamos cometer todo posible error nosotros mismos a fin de asimilar las lecciones de la vida. Podemos aprender también por medio de las experiencias ajenas, al observar las consecuencias buenas o malas de las decisiones que toman otras personas. En todo el mundo que nos rodea vemos evidencias de “que la maldad nunca fue felicidad” (Alma 41:10).

Además, mediante nuestro propio esfuerzo solamente no podemos desarrollar los atributos que caracterizan una perfección como la de Cristo, aun cuando participemos totalmente en las oportunidades de aprendizaje que nos provee la existencia terrenal. Debemos hacer todo lo que podamos, pero el logro final de las aptitudes celestiales

tiene que venirnos como un don divino, “pues sabemos que es por la gracia que nos salvamos, después de hacer cuanto podamos” nosotros mismos (2 Nefi 25:23). “Sí, venid a Cristo, y perfeccionaos en él... para que por su gracia podáis ser perfectos en Cristo” (Moroni 10:32).

La expiación del Salvador puede pagar no sólo por nuestros pecados sino también por nuestras insuficiencias. Esta compensación de nuestras insuficiencias es importante porque nos recuerda la misión de Cristo y nos asegura que, al luchar por obtener comprensión y propósito y por parecernos más a Dios, tenemos otra Fuente a que recurrir en procura de ayuda, aparte de nuestros propios esfuerzos.

Existe un velo entre nuestro mundo terrenal y el mundo eterno de Dios. Por momentos, puede hacerse muy fino. Pero el velo está ahí para la mayoría de nosotros, porque El lo ha colocado a fin de ayudarnos a aprender cómo debemos vivir y a saber en que clase de personas debemos convertirnos para poder vivir con El algún día.